



**Investidura como doctor honoris causa por la Universidad de las Américas**

**Quito, 11 de octubre de 2011**

Quiero que mis primeras palabras sean para expresar mi más profundo agradecimiento por el honor y la distinción que hoy recibo al ser investido Doctor Honoris Causa por esta prestigiosa Universidad de las Américas. Conozco y aprecio el magnífico trabajo y los sólidos principios que cimientan esta joven y dinámica Universidad. También es un honor la distinción porque me une una firme identificación con los valores y principios que vertebran y alientan a este proyecto académico de excelencia en la educación.

Quisiera aprovechar esta magna ocasión para compartir con ustedes algunas ideas acerca de América Latina y su papel en el mundo. Porque la región, a mi juicio, está atravesando un buen momento. Se halla ante una oportunidad histórica de consolidar su desarrollo.

El derribo del Muro de Berlín y la ulterior desintegración de la Unión Soviética significaron el triunfo de la democracia liberal como proyecto político y de la economía de mercado como modelo económico en buena parte del mundo.

Incluso algunos regímenes socialistas, como el chino, pese a no democratizarse, sí han abierto y liberalizado sus economías, integrándose en muchas de los foros multilaterales dedicados a la promoción del libre comercio y la cooperación internacional. No obstante, todos deseamos que este modelo de capitalismo autoritario evolucione hasta convertirse en una democracia liberal.

Así, lo que durante la Guerra Fría fue el “oeste” o “bloque occidental”, un sistema de alianzas e instituciones informado por la democracia liberal, los mercados abiertos y el espíritu de concordia y paz, es ahora un orden liberal que inspira a casi todas las naciones del orbe. Pero no debemos olvidar que aunque no existe una alternativa global a este modelo, persisten amenazas a la libertad que nos recuerdan que la historia en ningún modo ha acabado.

América Latina está en condiciones de ejercer un papel protagonista en este mundo globalizado.

La región debe aprovechar las crecientes fortalezas institucionales, económicas y sociales de que disfruta, sin olvidarse de subsanar las debilidades de las que adolece.

Invita al optimismo saber que en los últimos quince años los latinoamericanos han dejado atrás los traumas y errores de la llamada “década perdida” y se han puesto manos a la obra.

Las economías latinoamericanas se han liberalizado, se ha mejorado la institucionalidad y convertido en norma la transferencia pacífica del poder político por la vía democrática, con la dramática y vergonzosa excepción de la dictadura cubana.

Muchas de las repúblicas latinoamericanas son ahora atractivos mercados para la inversión extranjera, y las empresas de la región más pujantes cuentan ya con presencia en todo el mundo.

Ello ha permitido que América Latina haya salido razonablemente bien parada de la crisis económica y financiera que tan duramente ha golpeado a Estados Unidos y especialmente a Europa. Por primera vez, la región no ha generado ni padecido los efectos más deletéreos de una recesión económica de alcance mundial. No cabe mejor constatación del éxito macroeconómico de la inmensa mayoría de las repúblicas latinoamericanas.

América Latina, en fin, parece estar trabajando bien a fin de desterrar el fantasma del estancamiento, la inestabilidad y la falta de oportunidades, aquel que la atenazó cuando predominaban en sus políticas públicas el proteccionismo comercial y el nacionalismo excluyente.

A pesar de los logros alcanzados sería un error dormirse en el éxito, caer en la autocomplacencia y abandonar las reformas que todavía precisa la región para que cada país se consolide como un proyecto de convivencia, libertad y oportunidades.

En primer lugar, para no depender exclusivamente de la exportación de materias primas para la generación de riqueza algunos países latinoamericanos deberían diversificar sus economías. Evidentemente, los países exportadores se han beneficiado extraordinariamente del notable incremento en la demanda de productos primarios desde las economías emergentes asiáticas.

Pero debemos tener muy presente que una hipotética ralentización de esas economías, de la China, por ejemplo, repercutiría en las economías de los países latinoamericanos. La dependencia de las materias primas es, en fin, un riesgo que la región no puede permitirse.

En segundo lugar, la integración regional en sus distintas vertientes, política, económica, física y en el ámbito de la seguridad, sigue siendo insuficiente.

Estrechar lazos tanto en el ámbito latinoamericano, como con el resto de América y el otro lado del Atlántico, debería ser una prioridad para situarse en la primera fila del escenario internacional.

En este sentido, el proyecto de Comunidad Iberoamericana de Naciones, que nació como proyecto político y de cooperación hace diecinueve años, ofrece inmensas posibilidades.

Trabajé con denuedo cuando tuve el honor de presidir el Gobierno de España en pro de esa Comunidad Iberoamericana. La Comunidad Iberoamericana es una realidad que ofrece grandes oportunidades a todas naciones que formamos parte de ella. El reto político para los próximos años es impulsar, dar vigor y buscar las posibilidades económicas, culturales, sociales y políticas a una realidad histórica y vital. Cada uno de los miembros de esa Comunidad sale beneficiado de su pertenencia. Iberoamérica es buena para todos los iberoamericanos. Pero Iberoamérica puede y debe ser un agente de libertad, progreso y estabilidad en un mundo complejo y lleno de incertidumbres.

En tercer lugar, creo que se deben intensificar las medidas adoptadas para combatir la pobreza y ensanchar las clases medias. Es cierto que en los últimos años muchos países de la región, con Brasil a la cabeza, han reducido extraordinariamente sus índices de pobreza absoluta y relativa, propiciando que millones de personas se incorporen a la clase media.

Estos sectores medios en expansión se están beneficiando de un mayor acceso a la propiedad y de un apreciable crecimiento del crédito bancario.

Sin embargo, estos sectores medios no están consolidados y presentan inquietantes disfunciones.

En efecto, una parte considerable de sus integrantes permanece en el sector informal de la economía. La perspectiva de acceder a una vivienda en propiedad parece

inalcanzable para muchas personas que tampoco pueden consumir bienes de alto valor añadido.

No ayuda tampoco al crecimiento de la clase media latinoamericana que la calidad de educación reglada siga siendo deficiente o que el acceso al bienestar - la sanidad, las pensiones y el cuidado de quienes no pueden valerse por sí mismos- siga siendo exiguo en casi toda la región debido a las dificultades para financiarlo.

Uno de los principales desafíos a los que se enfrentan los Gobiernos latinoamericanos es, pues, permitir que esos sectores intermedios se conviertan en una auténtica y vigorosa clase media.

La violencia es, posiblemente, el principal problema de la región. En sus diversas manifestaciones, el narcoterrorismo, el crimen organizado, las pandillas o *maras*, el delito común en las grandes ciudades, constituye un pavoroso drama humano al que los Gobiernos deben hacer frente valiéndose del imperio de la ley.

Cuando se trata de mantener la seguridad y defender a las personas y sus bienes, un Estado fuerte y eficaz es indispensable. Me refiero por supuesto a un Estado de derecho fortalecido, regido por la seguridad jurídica y el respeto a los derechos humanos. Un régimen de libertades, en definitiva.

Las libertades forman una unidad, de tal manera que si una de ellas es conculcada el resto también se ve menoscabado. Algunos Gobiernos olvidan que su principal responsabilidad es garantizar las libertades, incluida, por supuesto, la libertad de prensa.

Otro de los problemas atávicos de la región y que dificultan su crecimiento es, sin duda, la corrupción. Para combatirla existen dos instituciones propias del Estado liberal: la libertad de expresión y la justicia independiente.

La libertad de prensa es esencial para garantizar, mediante el ejercicio legítimo de la crítica, el correcto funcionamiento de las instituciones. Y la aceptación de la crítica es lo que distingue las sociedades libres y abiertas de otras, que por desgracias conocemos, basadas fundamentalmente en el ideologismo y el autoritarismo político.

En una democracia efectiva no se puede ser juez y parte al mismo tiempo. Por ello, es crucial la independencia y la imparcialidad de quienes integran el poder judicial para la buena salud del sistema. Sin verdadera independencia de los jueces, sometidos sólo al imperio de la Ley, no puede subsistir una democracia.

Antes de acabar, e inspirado en el gran proyecto que encarna esta ilustre institución, quiero recordar que el mejor futuro exige una educación basada en la calidad y la excelencia.

Invertir en educación es invertir en progreso.

Invertir en talento es invertir en progreso.

Invertir en innovación es invertir en progreso

Los países que han invertido en capital humano son los que alcanzan los mejores niveles de vida. En esta época de crisis y de grandes transformaciones observamos este fenómeno con mayor nitidez. Serán más competitivas aquellas sociedades que hayan depositado voluntad política en programas de educación que fomenten el esfuerzo individual, premien la excelencia e incrementen la capacidad de las personas para desarrollar sus proyectos vitales.

El conocimiento se diferencia de otros bienes en que no se desgasta por el uso que hacen de él las personas, sino que por el contrario su valor aumenta de forma exponencial. Karl Popper afirmaba que en las sociedades libres y abiertas el intercambio de conocimientos, al ser más fluido, estimula la innovación y propiciaba el progreso.

Los sistemas universitarios de América Latina cuentan con una larga tradición. Es de destacar que en estas tierras nacieron las primeras Universidades de la América hispana ya desde el siglo XVI. Y es una muestra de vitalidad y confianza en el futuro que sigan naciendo universidades dispuestas a hacer una contribución valiosa a ese caudal de sabiduría y conocimiento.

En América Latina hay, en la actualidad, alrededor de 20 millones de estudiantes universitarios. Este es un activo que no se debe desaprovechar.

En Iberoamérica las afinidades culturales, lingüísticas e históricas son muy profundas. Por ello, no deberían existir obstáculos para impulsar la creación de un programa ambicioso de intercambio educativo. Un programa de intercambio de alumnos y profesores de distintas nacionalidades y universidades.

He recalcado desde hace años lo beneficioso que sería para Iberoamérica la implantación de un programa similar al Erasmus europeo.

El Erasmus es un programa que consiste en permitir que se realicen estancias de estudios en el extranjero. A los alumnos estos estudios luego les son reconocidos como parte de su carrera. Es un proyecto que trasciende el aspecto académico y que desarrolla sólidos vínculos entre estudiantes de diversas nacionalidades.

En Europa este programa educativo que involucra a 31 países viene funcionando satisfactoriamente desde el año 1987. Más de un millón de estudiantes se han beneficiado de él.

Este tipo de proyectos constituyen una herramienta clave de integración, desarrollo y pertenencia a un mismo espacio de principios y valores comunes.

Tengo la certeza de que fortaleciendo la educación y la integración, los valores democráticos se verán enriquecidos de manera notoria.

El verdadero progreso de las naciones está fundamentado en el reconocimiento de la dignidad esencial de la persona y de sus derechos y libertades inalienables. Quienes tenemos la suerte de ser iberoamericanos pertenecemos a una comunidad que tiene grabada en su alma esta verdad.

Por eso es un honor especial recibir este doctorado de esta Universidad de las Américas que comparte esta misma convicción del que he hecho el motor de mi vida política, cuando estaba en la primera línea, y que sigue siendo mi fuente de inspiración ahora, que centro mi actividad en el mundo de las ideas políticas. Permítanme, por ello, cerrar esta breve intervención compartiendo con todos ustedes un proyecto de la fundación FAES, la fundación política que tengo el honor de presidir.

Entre los años 2006 y 2007, la Fundación FAES elaboró y presentó en más de 15 países el informe estratégico titulado “América Latina: una agenda de Libertad”. Un trabajo que se realizó con la colaboración de muchas personas e instituciones en las dos orillas del Atlántico comprometidas con la idea de libertad y con los principios y valores de las sociedades abiertas. En estos años hemos continuado trabajando, con muchos amigos que comparten esas mismas ideas y principios, en una actualización del documento para recoger los trascendentales cambios habidos en la región y el mundo. Porque el trabajo a favor de la libertad y del progreso no admite descanso y exige una constante actualización.

España celebrará en la ciudad de Cádiz en 2012 el origen de la tradición liberal que nos une, en ocasión del bicentenario de la constitución de 1812, la “Pepa”, elaborada por unas Cortes que reunieron a hombres de libertad de ambos hemisferios.

Para esta celebración queremos invitar a todos los que están participando en el proceso de elaboración de esa agenda de Libertad. Será una fiesta iberoamericana, una fiesta de la libertad. Con ocasión de los 200 años de la constitución de Cádiz, quienes defendemos los fundamentos liberales de nuestras naciones, queremos rendir homenaje a esa tradición, porque la libertad es nuestra mejor guía para el futuro.



Sé que la joven Universidad de las Américas trabaja con ilusión, busca la excelencia y premia el esfuerzo guiada por ese mismo afán de conseguir el mejor futuro posible de América siguiendo la referencia clara y nítida de la libertad. Desde hoy estoy vinculado de una forma especial a esta institución. Y estoy convencido de que, gracias a ese vínculo que acaba de nacer, podremos trabajar juntos para contribuir a que nuestras naciones y toda Iberoamérica avancen por el camino de las oportunidades, de la integración, de la paz y de la libertad.